

UN MUNDO APARTE

Alfredo Joignant
Profesor Titular
Escuela de ciencia política
Universidad Diego Portales
www.alfredojoignant.cl

En una interesante columna, inteligente pero equivocada, en un periódico electrónico, Ignacio Walker critica el libro *El otro modelo* del que soy uno de los cinco autores, instalándose en un lugar distinto al de la academia: el de la política. Desde ese lugar, la controversia sobre el-modelo-de-Pinochet-y-su-continuidad es abordada apelando a la responsabilidad de quienes aspiran a gobernar, y no desde el principado (que suponemos cómodo) de la academia. Esta postura de Walker no sólo es reveladora de lo que es la política profesional (una actividad regida por el realismo de ganar votos, y conquistar el derecho de hablar en nombre de otros), sino que además consagra la separación de la actividad política respecto del mundo de las ideas en el que habitamos quienes hemos hecho de ellas nuestra razón de ser y existir. Para el presidente del PDC, la política se asemeja mucho a lo que Durkheim entendía por arte: “práctica pura sin teoría”, lo que me resulta chocante. Si Walker sostiene que *El otro modelo* es, al final de cuentas, un libro *políticamente* errado, es tal vez porque, tal como lo vio Carlos Fuentes en *La silla del águila*, “el intelectual acabará por disentir y para el político esta será siempre su traición”.

Es esta separación entre práctica política e ideas políticas la que se traduce en una sorprendente confusión por parte del senador Walker de lo que cabe entender por “neoliberalismo”. Desde el congreso Lippman de 1938 en París (momento en el que se acuña el término en confrontación con el liberalismo manchesteriano, el keynesianismo y la planificación imperativa de corte soviético), el “neoliberalismo” acabó poco a poco coincidiendo con varias ideas evidentes (porque dominantes) de la ciencia económica: apertura de la economía al exterior, desregulación de los mercados y fe en su mano invisible, contracción del Estado hasta llegar a dimensiones liliputienses, consagración de una definición del interés general como el resultado de miles y millones de preferencias privadas, privatización de la vida social y económica, etc. En *El otro modelo* argumentamos que la Concertación, en sus 20 años de gobiernos exitosos, no pudo romper con la hegemonía de estas ideas neoliberales, adhiriendo a un ideal de derechos universales basado en estándares mínimos o populares (“en la medida de lo posible”) y que no se propone rebatir la pasión dominada por esta hegemonía que es la del “consenso” (entendido como transacción), y no como el fruto de la deliberación entre agentes rivales que concuerdan racionalmente en un mundo común y que no es el fruto de la negociación. Es esta confusión tan propia de este mundo aparte que es la política la que se pudo apreciar en la intervención de José Miguel Insulza en el programa “Estado Nacional”, en donde el secretario general de la OEA confesaba candidamente su “encanto por el consenso” sin tomar en cuenta sus fundamentos, y sobre todo sin reconocer que este consenso es imposible de alcanzar cuando las

reglas del juego constitucional son tramposas e injustas, lo que a su vez redundaba en su rechazo infantil a la asamblea constituyente (“no me gusta”) sin avanzar mejores argumentos. Leído con perspectiva histórica, impresiona cómo la historia pudo pasar por encima (o por el lado, es un asunto de punto de vista) de quienes fueron gestores de dos décadas de transición negociada a la democracia, y que no perciben que el mundo de hoy es otro.

Lo preocupante en toda esta discusión es cómo la política persiste en consagrar una separación entre la actividad y las ideas que la fundan, idealizando un mundo repleto de negociaciones y vaciado de deliberación...un término que ni Walker, ni Insulza quieren entender. Y qué decir del neoliberalismo, un término que produce rechazo en quienes desearon escupir sobre su tumba sin duelo de por medio, que es lo que caracteriza a los gobiernos de la Concertación y sus intelectuales entre quienes me incluyo: negociación en los márgenes del modelo, adhesión de buena fe a la creencia en una ruptura gradual con él, debilidad en promover una definición del interés general (que en *El otro modelo* asociamos al régimen de lo público) que trascienda la construcción neoliberal del mismo. Este es el mundo que está quedando atrás, y junto a él mucho de quienes lo administraron. ¿De buena fe? Qué duda cabe.